



VENTA DE CARNE FRAUDULENTA

Se ha descubierto que la venta de carne por parte de la empresa «El festín» era un fraude como una catedral.

«El festín», como todo el mundo sabe es una empresa dedicada al envío de carne humana a los náufragos y supervivientes de accidentes en lugares inhóspitos que quieren practicar la antropofagia y después forrarse escribiendo un libro acerca de sus impresiones sobre el particular. Los náufragos, y en especial sus señoras, se venían quejando últimamente de la elevación de precios pese a la congelación de los mismos, pues el kilo de adolescente se había puesto a casi mil pesetas, a seiscientas el señor maduro, y a precios astronómicos, inaccesibles para la clase media, el lactante; y se comenzó a investigar el asunto, descubriéndose con sorpresa que gran cantidad de la carne consumida no reunía las mínimas garantías higiénicas exi-

gibles en un país civilizado.

En efecto, sin escrúpulos de ninguna clase compraban cadáveres a bajo precio en los hospitales, y sin importar para nada si habían muerto de tuberculosis, cáncer, infarto o choque de camillas en el pasillo; un médico sobornado, al que ahora se ha quitado el permiso para ejercer la Medicina, extendía certificados de buena conducta y se los llevaban a los hambrientos, que los devoraban ¡ay infelices! creyéndose que se trataba de carne de primera especial, y ya quisieran que por lo menos hubiera sido congelada.

Para impedir que estos bochornosos casos vuelvan a repetirse, se va a dictar una norma de obligado cumplimiento según la cual la carne humana sólo podrá expedirse con vida, correspondiéndole al carnibal ejecutarlo para su consumo si le apetece. ■ PIBE.



NUESTRO NO ROTUNDO A LAS SUBASTAS PÚBLICAS DE PADRES

En algunas galerías dedicadas a estas cosas, últimamente se han sacado a pública subasta padres y madres (muchos de ellos burdas falsificaciones que sólo engañan a los recién llegados a los placeres de la cultura) por los que se han pagado cantidades exorbitantes. Hay padres de personajes conocidos que han llegado a centuplicar el precio base ofrecido por la galería para la puja pública.

Sabemos de mucha gente que gracias a su esfuerzo personal ha llegado a reunir cientos de millones, teme ahora perderlos



por culpa de la inflación y las devaluaciones monetarias consiguientes. Es lógico que quieran invertir su dinero en objetos estables. Pero coleccionar padres ajenos aunque estén firmados por antepasados

de renombre y garantizados por prestigiosos expertos en heráldica, nos parece una ofensa a la Declaración de los Derechos Humanos cuyo primer centenario de no haberse puesto en marcha se está celebrando estos días en el mundo entero con gran éxito de público y crítica. Meter padres ajenos en vitrinas para deslumbrar a las visitas en nuestra modesta opinión es una barbaridad. Para esas cosas bastan y sobran las mujeres objetos, pertenezcan o no a nuestros círculos familiares o económicos. ■ GENOVEVO DE LA O.

